

AL SEÑOR

Lic. Don Luis Méndez

Homenaje
de admiración, respeto y gratitud,

El Autor.



RICOS Y POBRES

I.

Uno de los espectáculos más dolorosos que ofrece la sociedad contemporánea, es el de la desigualdad de las fortunas. Clases sociales hay, que nadan en la abundancia y tienen sobrantes cuantiosos para consagrarse á los placeres y aun á las mayores extravagancias del lujo; en tanto que otras, agobiadas bajo el peso del trabajo, arrastran una existencia penosa, y, cuando la enfermedad, la cesantía ó las crisis económicas las azotan, ruedan por los abismos de la miseria y el desamparo. El mal no es nuevo: ha sido de todos los tiempos y de todos los pueblos; pero es hoy más desgarrador que nunca, por el mismo desarrollo de la riqueza, que produce un desnivel mayor entre los que tienen y los que no tienen. Del seno de todas las generaciones y edades, han salido siempre voces de queja ó protesta, lamentos de rabia ó de dolor arrancados á ese estado de cosas; pero jamás esos gritos habían sido tan altos ni iracundos como ahora. Y lo más deplorable de todo es, que ese desnivel parece irremediable y como inherente á la naturaleza misma de las cosas, pues no se concibe la existencia de la humanidad sin jefes y subalternos, capitalistas y trabajadores, ricos y pobres. Porque, si todos tuviesen igual fortuna, se acabaría la lucha del progreso, languidecerían las industrias y el patrimonio general de la especie no sería el bienestar, sino la indigencia.

Es consolador, con todo, pensar que los ricos y los pobres mutuamente se necesitan, que unos y otros son elementos indispensables para la prosperidad general, y que unos y otros se prestan mutua ayuda y vienen á ser benéficos entre sí. Pues así como los ricos quedarían reducidos á la impotencia en medio de una sociedad de puros ricos, porque no hallarían quienes desempeñasen sus negocios ni les sirviesen; de la misma manera los pobres, si se encontrasen sólo rodeados de menesterosos, no tendrían la menor esperanza de remediar su situación, porque á nadie podrían acudir en demanda de auxilio. Por eso ha dicho con harta razón un ilustre economista, José Garnier, que *no hay pobre mayor que el que es pobre, rodeado de pobres.*

Así, cuando se estudia el mecanismo social sin prevención ni pasiones, sino desde la altura filosófica desde donde deben ser analizados los fenómenos de esta especie, se adquiere la convicción de que, á pesar de las tristezas de la ingrata realidad, existe una sabia armonía en medio del aparente desorden en que nos agitamos, la cual arregla y dispone la cosas de tal suerte que, en último análisis, todo resulta favorable para la comunidad. La convicción de que el trabajo y el capital quedarían reducidos á la nulidad, el uno sin el otro, de que su instinto y conveniencia los llevan á buscarse y prestarse mutuos servicios, y de que á la abundancia del capital corresponden la del trabajo, la elevación de los salarios y la baja de los precios; nos infunde la consoladora convicción de que el mundo no anda tan mal arreglado como se suponen, pues los pobres están tan interesados en el aumento de la fortuna general, como lo están los ricos en el bienestar de las clases laboriosas. Porque aquellos remunerar mejor los servicios de los pobres, á medida que aumenta el número de los capitalistas; mientras los obreros consumen más los productos que les ofrecen las clases ricas, á medida que aumenta la holgura de su propia vida.

Dentro de los linderos de la ciencia económica, es absurdo, por lo mismo, sostener que hay hostilidad natural entre el capital y el trabajo, pues, por el contrario, existen entre ellos una concordia y una armonía tales, que el espíritu estudioso las observa con tanto placer como pasmo; pero esas consideraciones no impiden que la piedad intervenga para lamentar la desigualdad de las condiciones sociales, y desear que de algún modo mejore la suerte de las clases desheredadas.

Es incuestionable que, mientras la humanidad sea tal cual es, no podrá hallarse un remedio radical á la situación, y que todos los sistemas inventados ó por inventar para cambiar las bases de vida económica de la especie, no serán más que sueños más ó menos fantásticos y generosos, pero de imposible realización. Desde el momento en que la población del mundo se forma de inteligentes y necios, trabajadores y holgazanes, previsores y despilfarrados, morigerados y viciosos, es innegable que tiene que haber también ricos y pobres; porque el necio, el perezoso, el manirroto y el corrompido, producirán ó ahorrarán menos, por fuerza, que el inteligente, el trabajador, el ordenado y el bueno. Y aun suponiendo que, por obra de magia, pudiesen ser igualados en fortuna todos los hombres, en un instante dado, ¿quién duda que al momento siguiente desaparecería tal igualdad por virtud de aquellas mismas causas, á no ser que al igualarse las fortunas, fuesen igualadas también por obra de otra magia más grande, las inteligencias, las energías y las conciencias humanas? Todo lo más que puede pedir la justicia social á este propósito, es que haya amplia libertad para todos, que se destruyan las trabas y cortapisas que cohiben el trabajo honrado, y que se limpien de obstáculos los caminos que pueden conducir á todas las alturas. Abolidos los monopolios y privilegios que estorbaron en otro tiempo el ascenso de los más dignos á las cimas del éxito, ha quedado el campo abierto á todos los esfuerzos é inteligencias, y trocada la vida en glorioso palenque donde reciben palma y recompensa los mejores y más aptos.

No es verdad, por lo mismo, que, debido á la organización actual de nuestra sociedad, estén ocupados ya todos los puestos, y no haya lugar reservado para los recién venidos, en el banquete de la vida, pues á diario estamos viendo la falsedad de semejante afirmación. El ejemplo, entre otros, que presentan los archimillonarios de los Estados Unidos, puede servir como amplia y perfecta demostración de mi aserto, ya que casi todos los Cresos del Norte han sido hijos de sus obras, y se han iniciado en la lucha por los oficios más humildes, para irse elevando gradualmente, merced á su energía, á la vertiginosa opulencia donde ahora son vistos con envidia por algunos y con pasmo por todos. Este comenzó por vendedor de periódicos, aquel por impresor, aquel por telegrafista, el otro por fregonero y aun hay alguno que ha dado principio á su carrera como limpiador de calzado. No es cierto, por tanto, que estén

ocupados todos los lugares en ese banquete, pues hay en él cubiertos constantemente preparados para los luchadores más fuertes y dignos.

No obstante, en derredor de esas sólidas verdades, que forman la estabilidad, armonía y progreso de la familia humana, agítanse cuestiones de orden diferente, pero íntimamente relacionadas con ellas, que interesan y apasionan á pensadores, estadistas y filántropos. Dado, en efecto, que esas sean las reglas, y que las bases de nuestra existencia común sean inmovibles: ¿no puede mejorarse de alguna manera la condición de las clases laboriosas? ¿A nada están obligados los ricos con respecto á ellas, sino á pagarles el salario convenido? ¿No habrá medio por el cual pueda suavizarse el contacto de éstas y aquéllos, y se haga menos punzante el contraste entre la opulencia y la necesidad?

Antes de ocuparme en el análisis de tan intrincadas cuestiones, séame lícito echar un vistazo, siquiera breve y superficial, sobre la génesis de la terrible lucha económico-social que hoy presentamos, á fin de conocerla mejor y precisar bien su carácter.

II.¹

Las luchas entre ricos y pobres, repito, no son cosa nueva en la historia de la humanidad. Grecia y Roma las presenciaron, y bien puede decirse que los anales de la vida interior de esos dos grandes pueblos, están casi exclusivamente formados por las dolorosas convulsiones que aquellas ocasionaron. Entre los griegos, ricos y pobres formaban partidos políticos opuestos, que se desgarraban entre sí de un modo espantoso, pues el triunfo de cualquiera de ellos, significaba siempre la ruina y, casi la exterminación del contrario. Uno y otro se prevalieron de formas políticas para paliar sus ocultos designios, y al par que los ricos, por extrañeza que parezca, eran partidarios de la República, los pobres se valían de la institución de la Tiranía para triunfar y disponer de las vidas y haciendas de la gente opulenta. Las pasiones de unos y otros llegaron á ser tan enconadas, que la patria misma fué relegada á segundo término por los bandos contendientes, y tanto

¹ En este capítulo y el siguiente, sigo paso á paso á J. S. Nitti, en su grande obra *El Socialismo Católico*, exponiendo sus ideas y basándome en sus citas.

ricos como pobres, se unían al enemigo extranjero, para procurar su mutua destrucción.

En Roma existió la misma discordia, aunque bajo aspecto diferente, por la extensión del territorio y la complejidad de los elementos en juego; pero el combate fué allí no menos reñido que en Grecia, y perduró al través de todas las vicisitudes políticas, ya determinando la retirada del pueblo al monte Aventino durante la República, ya la erección, más tarde, del cesarismo, que no fué más que una variante de la tiranía, cuando el pueblo prefirió darse un emperador, azote del patriciado y de los ricos, á mantener en pie formas engañosas, que favorecían y consolidaban el despotismo de los magnates.

Es incuestionable, con todo, que en aquellos remotos tiempos no hubo ni sombra de socialismo, á pesar de lucha tan fiera y dilatada. El socialismo no existió entonces, porque no lo consentía la constitución misma de aquellas sociedades. Es cierto que desde entonces hubo filósofos que soñaron con el comunismo, y lo expusieron y poetizaron en libros prestigiosos; pero también lo es que ese comunismo en nada se parecía al socialismo de nuestros días. El divino Platón, autor de «Las Leyes» y «La República,» no admitía la redención del esclavo ni la elevación social de la mujer en sus Estados utópicos; Aristóteles sostenía que la mujer es de especie inferior y el esclavo un ser enteramente despreciable; y la opinión general entre filósofos y pensadores helenos, fué que la igualdad humana era aplicable únicamente á la agrupación constituida por la parte libre de la población. El comunismo clásico era, pues, una forma aristocrática, que sólo admitía en su seno á los ciudadanos, pobres ó ricos, pero de ningún modo á los esclavos. Séame permitido consignar aquí, de paso, que el decantado comunismo espartano no existió jamás, y que las descripciones contenidas á este propósito en libros antiguos y modernos, no pasan de ser una hermosa fábula. Aristóteles llega á afirmar que en el tiempo de Agis II, toda la Lacedemonia vino á ser propiedad de un centenar de personas.

La causa profunda por la cual no pudo haber socialismo en la antigüedad, fué, pues, la existencia de la esclavitud, ya que el socialismo tiene por base y objeto el mejoramiento de las clases laboriosas, y que tal propósito es incompatible con aquella institución. Ahora bien, griegos y romanos consideraron la esclavitud como una necesidad absoluta de la vida común; y contra ella no se ele-

varon las voces de los pensadores, ni el acento inflamado de los políticos, ni siquiera los esfuerzos sistemáticos de las mismas víctimas. Todos, sabios é ignorantes, señores y siervos, dominadores y pueblo, estaban persuadidos de la absoluta necesidad de mantener aquel estado de cosas, para que la humanidad pudiese vivir. Romanos, griegos y orientales ignoraban que la esclavitud fuese contraria á las leyes de la naturaleza, y la practicaban sencillamente, con la tranquilidad de quien hace lo establecido é inevitable. Y los mismo esclavos, aun cuando solían alzarse en rebelión y ejercer terribles represalias, lo hacían sólo obligados por la desesperación, y animados por el deseo de venganza; pero sin partir de algún, principio común en qué apoyarse, ni proclamar á la faz del mundo la santidad de algún derecho, que hubiese podido servirles de bandera en una lucha consciente y bien dirigida.

Aquella situación fué tan oscura, que aun los filósofos más eminentes y los ciudadanos más virtuosos, no llegaron á sospechar que la práctica de la esclavitud fuese incompatible con el sentido moral. Aristóteles creía que la esclavitud no podía concluir sino cuando (cosa que juzgaba irrealizable) el huso y la lanzadera se moviesen por sí solos; Jenofonte fué partidario convencido de la forma aristocrática, y, en general, todos los pensadores helenos participaron de esa misma convicción.

En Roma, Catón, el austero é incorrupto, consideraba á los esclavos como seres inferiores á los animales, y los nutría con alimentos repugnantes y malsanos; y Séneca, el estoico y amigo de la igualdad humana, se quejaba del hambre insaciable y de la rapacidad de aquellos, como de cosa intolerable y que les fuese exclusiva.

Habiendo sido tales las condiciones de esos pueblos, compréndese no haya sido posible la germinación en su seno, de la idea socialista. El pueblo, lo que entonces así se llamaba, era un grupo poco numeroso; en Atenas, cuya población jamás pasó de cuatrocientos mil habitantes, nueve décimas partes eran de esclavos. De esa desigualdad profunda y radical de condiciones políticas, nació la imposibilidad de que se pensase siquiera en un arreglo general de cosas, que pudiese cambiar las bases establecidas. Los verdaderos señores de aquella situación, eran los ricos y el pueblo: entre ellos se libraban los terribles combates de que nos habla la historia; debajo de ellos y como vil materia que

hollaba la planta de todos, se agitaba la muchedumbre de esclavos, considerada por unos y otros como indigna de tomar parte en la contienda.

La idea de la abolición de la esclavitud, no nació de la filosofía ni de la política. Las lucubraciones de los filósofos, que subieron tan alto y arrojaron una luz tan esplendorosa en los cielos del pensamiento, jamás llegaron á explorar ese rincón de la filosofía, que se llama la igualdad de la naturaleza humana, el cual se mantuvo sumido en la sombra más densa al través de los libros mismos de Platón y de Aristóteles; pues aunque Epicteto y Séneca hayan tratado al fin, la cuestión, hiciéronlo respirando ya la atmósfera intelectual de los primeros siglos de nuestra Era. Los corifeos populares que en Grecia y Roma levantaron la voz en las ágoras ó en el foro defendiendo la democracia, bien fuesen Hortensio, Demóstenes, ó los Gracos, jamás llegaron á mencionar en sus inflamados discursos, la causa de esos oprimidos como digna de mejora ó redención.

Ese vicio fundamental privó, pues, de intensidad y alcance las eternas luchas antiguas entre ricos y pobres; tanto más cuanto que, fuese cual fuese el partido que saliese triunfante en la contienda, el trabajo de los esclavos no se interrumpía, y fueron desconocidas entonces las crisis de producción que ahora nos afligen, y, por lo tanto, la miseria, la desesperación y las violencias que ellas ocasionan entre los obreros.

El socialismo es hijo de la democracia, y, sobre todo, de la igualdad política proclamada por las constituciones de los Estados modernos; porque, una vez pasado el nivel de los derechos sobre toda las cabezas, fué ya posible pensar en una combinación genérica y radical, que pudiese satisfacer las aspiraciones de la multitud. «Para concebir el ideal socialista, dice Nitti, ó, más bien, para creer que la realización de ese ideal es á la vez una necesidad y un deber, ha sido preciso conquistar poco á poco las libertades políticas. El socialismo ha nacido precisamente del contraste producido entre las libertades políticas de que se ha apoderado el pueblo, y la servidumbre económica, cuyo yugo ha encontrado éste más duro, y cuyo peso ha sentido mayor, después de la conquista de aquellas libertades.»

La democracia, tal como ahora la entendemos, es también un hecho moderno, pues en la antigüedad las capitales de los Estados ejercían poder absoluto y arbitrario sobre la nación y las colo-

nias. La oligarquía dominante de las ciudades griegas, formada por los ricos y el pueblo, ponía el poder en manos de oradores elocuentes, estadistas sagaces ó generales afortunados; pero se deshacía de ellos tan pronto como desconfiaba de su rectitud ó lealtad, desterrándolos de la patria. Por eso se ha dicho, que el poder político en aquellas naciones, era una dictadura de la persuasión, templada por el ostracismo.

Otro tanto pasó en Roma, cuya capital decidió siempre los destinos de todo el pueblo; pues aun en la época en que los habitantes de la península itálica adquirieron el derecho de ciudadanía, la omnipotencia directora no salió nunca del Senado, del Foro y del Campo de Marte.

Las repúblicas italianas siguieron el ejemplo. Florencia, Venecia, Bolonia y Milán disponían á su albedrío de la suerte de los Estados que llevaban su nombre, sin preocuparse por la voluntad de los habitantes del campo. Así pasó también en las de los Países Bajos: Amsterdam fué administrada por 36 consejeros escogidos entre otras tantas familias privilegiadas.

Los verdaderos orígenes del socialismo arrancan, pues, de la revolución francesa que, abolida la esclavitud, destruyó los privilegios de la nobleza y proclamó la igualdad de todos los hombres. Entonces también, fué cuando se oyó hablar por primera vez de la necesidad de igualar las fortunas para obrar en justicia. En este sentido se expresaron Necker, Condorcet, Mably, Marat y Saint-Just.

Una vez realizada la unificación política de la especie, quedó todo allanado para la elaboración de nuevos sistemas, que se ocupasen en el mejoramiento de las condiciones generales de la humanidad; de allí nació la naturaleza científica del sistema socialista, que se basó en derechos proclamados, fundamentales é imprescriptibles.

Pasada la revolución, continuó en el aire la vibración de las ideas, y tanto en Francia como en Inglaterra y Alemania, eleváronse voces poderosas, que formaron como eco y continuación á los clamores revolucionarios.

El desarrollo extraordinario de la riqueza y la desigualdad irritante de las fortunas que tal hecho engendra, juntamente con los progresos del maquinismo y la difusión de las luces entre las masas, han contribuído eficazmente á la propagación del socialismo. Las teorías comunistas y las utopías igualitarias prenden y arraigan

gan en el cerebro popular, merced á la propaganda ejercida por medio de la imprenta; pues libros, folletos y periódicos baratos y de fácil circulación, comunican ese punzante delirio á la multitud. Los pueblos atrasados, aquellos donde hay poco industrialismo, á la vez que una ilustración incipiente, no son terreno á propósito para la plantación y el desarrollo de ese germen; pero aquellos donde los conocimientos están más generalizados y es mayor el número de los que saben leer, están mejor preparados para recibir tan mala semilla. Así, por una amarga ironía del destino, los países que luchan por su engrandecimiento, preparan á la vez el pavoroso problema de crisis profundas, pues con las luces que difunden, reparten el fuego de una futura conflagración.

III.

El cristianismo, antes que los estoicos y que ninguna otra filosofía ó religión, proclamó la igualdad fundamental de la especie humana, hizo que se confundiesen en abrazo amoroso los señores y los esclavos, y mezcló y unificó en la misma tierra bendita, las cenizas de los pobres y las de los ricos, todos sujetos á la misma ley de la muerte, é iguales ante Dios. Fué una inmensa renovación en todos los órdenes de la vida. La sociedad antigua tuvo por fundamento la esclavitud, y el cristianismo la destruyó; la sociedad antigua se postró ante el Becerro de Oro, y el cristianismo predicó la pobreza. Es cierto que algunos filósofos antiguos hicieron gala de despreciar las riquezas y predicaron el amor á la sabiduría; pero también lo es que aquellas enseñanzas basadas en el orgullo y no en el amor, hallaron eco en contadas inteligencias y permanecieron extrañas al movimiento popular. El politeísmo nada dijo contra la codicia, y sobre la grandeza imperecedera de Grecia y Roma, se proyecta una sombra muy negra, que no logran disipar, ni los lauros intelectuales de la una ni la gloria militar de la otra: la de su menosprecio hacia los humildes. Todos cuantos se mantenían del trabajo de sus manos, fueron vistos con profundo desdén por los antiguos, coincidiendo en esta misma injusticia, sabios, políticos, poetas y oradores. «Los filósofos de Grecia, dice Renan, á la vez que soñaban con la inmortalidad del alma, vivieron llenos de tolerancia para las iniquidades de este bajo mundo».

Las posiciones respectivas de ricos y pobres en aquellos remo-